

incoherencia novelística procede de la incongruencia circundante, verdadera fuente de inspiración del autor.

Algunos críticos han señalado que la actitud de Sábato en sus novelas intensifica el componente humanista de su pensamiento. Pero como al hablar de la dialéctica, que supone una simplificación teórica de los conflictos plasmados por el escritor desde la oscuridad, hemos de observar algunos matices. No hemos de buscar, como aconsejó Georges Bataille, sentido a lo que no lo tiene. Y la imaginación como ámbito del sueño no lo tiene, en particular cuando esto es lanzado a la superficie como discurso.

La tendencia a clasificar podría empequeñecer la magnitud de ese discurso sabatiano, que registra algunas variaciones importantes en su desarrollo. E importa más respetar, como hace Sábato al relacionarse con sus personajes, la independencia del escritor. El aparente romanticismo con que Sábato enfrenta el culto a la técnica—un valor en permanente ascenso en nuestra sociedad—, a lo que él define como *fundamentos sagrados* de la existencia, le convierten en un escritor vitalista. No obstante, Sábato se aparta de tales dilemas para inclinarse ante los fenómenos que producen el sufrimiento en nuestra época. Esta reacción ha sido calificada por no pocos estudiosos como «revisionista», cuando en realidad se correspondía con la acusada tendencia del escritor a englobar la verdad histórica junto a los conflictos concretos del individuo.

De esta forma lo vemos en *Hombres y engranajes*, cuando cuestiona la exacerbación del racionalismo que ha generado la idolatría de la ciencia, como símbolo genérico de la época, y el marxismo como «contexto intelectual», desde la posición sartriana, del pensamiento moderno. En este sentido, Sábato no ha modificado en sustancia su escepticismo primero acerca del hombre. A diferencia de Sartre, que a mitad de la década de los sesenta se lamentaba de la dureza de sus posiciones en *La náusea* con respecto al humanismo, Sábato sabe—y actúa en consecuencia—que, aun cuando nos ilusionamos con pequeñas esperanzas, éstas nos acercan más y más al abismo.

Su verdadero interés estriba en la ruptura con el signo unívoco que amenaza la sensibilidad no sólo *ahora*, sino ya en el pasado, aunque la tentación vuelva cíclicamente a la ofensiva. Si hay un humanismo en Sábato, éste se apoya precisamente en lo contrario de lo que el humanismo simboliza. El escritor atiende la contradicción y esa conciliación primordial que restituya al individuo la conciencia de que ha de elegir y no someterse a la rutina de todo aquello que él mismo ha permitido que le impongan... Es cierto, se trata de un proyecto que nos induce a reconstruir una vez más nuestra cultura y

nuestro ser, difícilmente conciliables con la divinización del padecer del hombre, considerado sinónimo de víctima.

Existe una gran similitud entre esta concepción, que parte del convencimiento y la tristeza por las reiteradas agresiones a la dignidad que el escritor contempla a su alrededor, y la plasmación de la tragedia de la civilización que efectúa Peter Weiss en *Marat-Sade*. La colisión conceptual entre dos modos de vida, entre dos interpretaciones de la existencia que se traslucen ostensiblemente en las opiniones de los personajes respecto del poder y las necesidades colectivas, indican un esquema dialéctico que subrayaba Liberman al estudiar las pasiones en la obra de Sábato, tomando como eje central de la misma la colección de ensayos *Apologías y rechazos*. Pero tal estructura se complica, tanto en Sábato como en Weiss. Esa rebelión, analizada por Camus desde el absurdo, nos abre las ventanas que se asoman a la marginación social. Y es entonces cuando descubrimos que es la sociedad la que se halla marginada por el abuso inopinado y sistemático que lleva a término el poder.

Cuando escritores de la talla de Gonzalo Torrente Ballester declaran que toda su producción literaria intenta —nunca hay una seguridad completa en los juicios que un escritor realiza acerca de su trabajo, salvo confesiones o acercamientos— abordar la relación entre la comunidad y el poder, o simplemente el poder, percibimos que, desde Homero hasta nuestros días, toda la literatura está tratando de analizar —mediante la condena, la sumisión o la crítica— ese fenómeno que da consistencia a cada época de historia. En la novelística de Sábato, y de otro modo en sus libros de pensamiento, el poder se diversifica también. En la obra de Weiss sólo la locura puede establecer límites a la opresión. En Torrente Ballester son la ironía y lo fantástico los elementos más relevantes de esa conciencia contradictoria que Hobbes personificó en *Leviathan*: «el hombre es un lobo para el hombre».

Los personajes sabatianos no sólo actúan desde la desesperación, gritándola a los vientos con relativa calma o discutiéndola entre nostalgias amorosas —*El túnel* y *Sobre héroes y tumbas*—, sino que procuran experimentar tales sensaciones uniéndose al poder o mostrando abiertamente su oposición utópica al mismo. El romanticismo y el anarquismo de algunos protagonistas, que evocan leyendas y personalidades históricas que forjaron la personalidad y la independencia americanas —siempre frustradas y doblemente legendarias por su carácter «ahistórico»—, anuncian la sublime esperanza que llegará al mismo tiempo que el apocalipsis...

Padecemos, sin posibilidad de huir, las secuelas del sueño de la razón. Abaddón, o Sábato, disfruta de la oportunidad de dirigir el mal... Un mal abstracto que todo lo ha contaminado haciéndose más abstracto e impersonal todavía. Sus explicaciones son pretextos que malogran el idealismo hasta convencernos de que la única ruta razonable es la de ser cómplices del dominio, del genocidio, de la inmovilidad o de las falsas promesas de salvación que escapan a nuestra mente y a nuestras manos.

Los rasgos concretos de ese *mal* adquieren una significación determinada en la reflexión de Sábato. Así, al menos, lo advertimos en *El escritor y sus fantasmas* y *Apologías y rechazos*, que completan y articulan el resto de los títulos reflexivos del autor, en todo caso auténticos manifiestos que contagian la fe en lo humano que define la posición existencial de Sábato, libre de las tentaciones suicidas y ficticias que le asedian en la narración, en la confesión, en la traucción.

El papel del escritor y su lucha por la libertad son los protagonistas del discurso de Sábato. Su oposición a los sistemas autoritarios, iniciada en *Hombres y engranajes*, con una crítica apasionada del marxismo, a partir de sus errores y de su manipulación en los sistemas del Este, coinciden con la resaca del stalinismo. El escepticismo del escritor, que se extiende más tarde a la realidad, cohesionado con su inquebrantable creencia en la lucha del ser humano por emanciparse desde sí mismo en una síntesis sorprendente de luz y sombra, no reniega de años de actividad política. Esta violencia es consecuente con las ilusiones juveniles que dedicara a una causa por la que abandonó todo, hasta el nombre. A Sábato no es posible reprocharle una abdicación. Al contrario: sus posturas han cristalizado en una obra que denuncia todos los engaños que se enmascaran con aquellos conceptos que despiertan la inquietud en las masas que sufren la insolidaridad y la tiranía. Esos engaños se disfrazan de principios que exigen obediencia ciega, absoluta. Son los mismos principios que estimulan la extraña paranoia del perseguidor de ciegos, Fernando Vidal, en *Sobre héroes y tumbas*.

El apasionamiento permite a Sábato respetar las influencias más importantes que han intervenido en su formación. El problema no se encuentra en las ideas, sino en la utilización de las mismas, que es tanto más odiosa en la medida en que la esperanza de quienes admiten esa disciplina «política» es malograda, herida de muerte, torturada, en una comedia cruel. Por eso Sábato respeta la intuición de Marx, Gorki, Kropotkin y las contenidas en otras lecturas que llenaron su madurez y que él cita a menudo en sus textos. Pero con encontrar